



OBRAS BREVES DE JACQUES MARITAIN



043-14

LA IGLESIA CATÓLICA Y EL PROGRESO SOCIAL

Jacques Maritain

Estudio publicado en la revista *Foreign Affairs*, de Nueva York (19 de julio de 1939), bajo el título 'The Catholic Church and Social Progress'. En 1948 fue incorporado como capítulo XIV al libro 'Razón y Razones'.

I

La filosofía, que es un conocimiento racional, nada tiene que ver con los hechos históricos o los acontecimientos del tiempo como parte intrínseca de su objeto propio. La fe tiene que ver con esos hechos y acontecimientos, porque ella penetra en la existencia mucho más a fondo que la filosofía, y porque interviene en las realidades más concretas e individuales, como las que atañen a mi salvación y a la de cada persona humana. Debemos desconfiar de una fe que se instala con toda comodidad por encima de todo acto humano o divino, con menosprecio de la vieja fe "histórica" del común de los creyentes; es de temer que tal fe supratemporal no sea otra cosa que una simple sublimación de un sentimiento filosófico.

En realidad, la fe exige necesariamente que Dios haya descendido a la historia a fin de establecer estrecha comunión con los hombres y de iniciar un diálogo personal con ellos. Y la fe desciende asimismo para conocerlos en la fragilidad y los entretoros de los acontecimientos concretos, históricos, contingentes, y de cierto día particular e irremplazable en que el Verbo increado se hizo carne. La fe puede obrar así porque, a la vez, sabe remontarse hasta la estabilidad, la absoluta simplicidad, y la individualidad soberanamente concreta y existencial del Yo divino, y porque conoce los acontecimientos históricos no en el desarrollo de un conocimiento histórico, sino en la primera Verdad en persona, eterna y suprahistórica, que se revela a nosotros e ilumina el corazón de los mortales.

De modo que no solamente existe esa manifestación del Verbo eterno sin relación al tiempo que tiene realidad en cada uno de los hombres que entran en este mundo, y que es la raíz del conocimiento humano natural, especialmente del conocimiento filosófico y metafísico. Existe además otra manifestación del Verbo eterno como acaecimiento histórico, que se realizó una vez en el tiempo y en el espacio, en un hombre individual, en la venida de Cristo y en el hecho de la Encarnación redentora, y que es la raíz y el objeto de la fe. Este Cristo –que siempre ha preexistido no en el tiempo, sino en el eterno instante de la ciencia divina, porque toda realidad contenida en el tiempo está ontológicamente presente a la eternidad creadora–, vivió, murió y resucitó en determinado momento del tiempo, y dejó sobre la tierra un cuerpo místico que continúa su tarea y actúa en el tiempo.

Todas estas cosas son del dominio del cristianismo y no de la filosofía. La filosofía, sin embargo, aunque distinta del cristianismo, está en interrelación con él, y debe ocuparse de materias propias de la religión, si quiere comprender y analizar concretamente los problemas de la vida y de la conducta humanas. No por exigencia necesaria, pero sí por conveniencia concreta y existencial, la manifestación natural del Verbo eterno, en la que tiene sus raíces la filosofía, exige en cierto modo la manifestación sobrenatural del Verbo encarnado, en la que tiene sus raíces la fe. Porque si bien es cierto que el Ser infinito se manifiesta en la existencia finita a todo lo largo del tiempo, es claro que esta otra manifestación, por la que, en un momento dado y mediante la asunción de una naturaleza humana singular por el Verbo increado, uniósese éste

personalmente con lo finito, no es sino el cumplimiento soberanamente libre del mismo movimiento de amor en virtud del cual la divina plenitud sobreabunda libremente en la creación y la conservación de los seres, e irradia libremente sus atributos en el espejo de lo finito. Esta suprema manifestación del Ser increado produce entonces un nuevo Ser – el Ser cristológico, el universo de la unión hipostática y de la gracia salvadora – en el que la infinita diferencia entre el Infinito y el finito, y la oposición de sus propiedades, no quedan ni suprimidas ni evacuadas, sino dominadas y sobrepasadas. Y pues este Ser aparece en y bajo las condiciones de la existencia creada –en y bajo el sufrimiento–, encierra a la vez carácter de liberación y de anticipación. Cristo, nuestro libertador, padeció y murió. Después, está sentado en la gloria. Las almas liberadas padecen en el tiempo, y después del tiempo entrarán en la paz; pero ya desde ahora son partícipes de la vida divina. La vida eterna está comenzada ya y es la vida del siglo venidero.

Creo que es conveniente hacer estas observaciones al comenzar unas páginas que se refieren a hechos religiosos de hecho, en concreto a la actitud de la Iglesia católica frente al progreso social. Mi punto de vista, no obstante, es filosófico. Me propongo analizar las diversas líneas de finalidad y de acción que sigue la conducta humana en los entretiempos de las realidades espirituales y temporales.

II

El autor de este estudio es católico: Séale permitido indicar primero someramente, y a modo de introducción, las perspectivas generales en que se sitúan las consideraciones que quiere hacer y que, sin esto, no serían suficientemente claras. Al hacerlo, no echa en olvido en forma alguna los trabajos realizados en el campo social por cristianos de otras denominaciones. Por el contrario, tiene en grande estima esa labor y es su deseo rendir tributo a la generosidad manifestada por muchos de entre ellos, tanto en Europa como en América. En especial, la cooperación que en Gran Bretaña, sobre todo durante la segunda guerra mundial, o en Alemania durante la opresión nazi, surgió en el plan de las realidades humanas entre las diversas iglesias protestantes y la Iglesia católica, parecele una señal de gran importancia para lo por venir. Además, la admirable actividad desplegada en el mundo por los cuáqueros

es especialmente significativa, no tanto por lo que afecta al dominio social y temporal, cuanto porque prueba cómo una actividad puramente caritativa puede imponer respeto a los poderes políticos, aun a los más perversos, en razón de que funciona libre de cualquier motivo político o nacional, y está sobre todo partido. No obstante, por conocer mejor lo que concierne a la Iglesia católica, y creyendo en ella como en la verdadera Iglesia de Cristo, prefiere el autor tratar esta materia teniéndola en vista a ella sola. Además, las consideraciones que propone respecto del catolicismo pueden ser aplicadas, *mutatis mutandis*, a los demás grupos cristianos según las opiniones particulares de cada cual.

La distinción de las cosas del César y las de Dios es fundamental para la conciencia católica. Ella es la que asegura la libertad de lo espiritual respecto de lo temporal, y de la Iglesia frente al Estado. Sin embargo, esta distinción no es separación: las cosas divinas deben cooperar con las humanas. Débese notar a este propósito que la irrupción del Evangelio en la historia humana no simplificó los asuntos de los hombres; pero aceleró el movimiento de la historia y dióle una dirección. Por otra parte, la Iglesia, según el concepto católico, es una verdadera ciudad de origen divino; el Reino de Dios en estado de tránsito; una *societas* perfecta organizada según leyes propias y jerarquía propia, y en la que (a diferencia de esa otra “sociedad completa” que es la sociedad civil) la autoridad procede de arriba a abajo, para enseñar a las almas y dirigirlas a su salvación. Esta ciudad una y universal está extendida entre las naciones y ciudades terrestres cuya naturaleza y diversidades respeta.

El término, en fin, hacia el cual esta ciudad conduce a sus miembros, es un fin sobrenatural, es la entrada en la vida divina; su bien común es la vida eterna. Su finalidad propia no es la vida terrena de los hombres, ni los conflictos, debates o problemas de orden temporal, ni el progreso político y social, ni la organización de la felicidad en la tierra. Mas tampoco se desinteresa por todas estas cosas. Pues por un lado, en razón de la conexión entre el orden natural y el sobrenatural, corresponde a la misión de la Iglesia velar por la integridad de los principios de la razón natural, del derecho natural y de la ética social así como de la ética individual; por otra parte, y en virtud de una especie de sobreabundancia que es consecuencia de la ley de la Encarnación, lo que ella trae al mundo es un bien que repercute en la vida terrestre de los hombres, y que – aunque suprapolítica –, es de muy gran trascendencia para su progreso político y social y para gozar de una existencia más feliz aquí abajo.

Este comportamiento de la Iglesia, respetuosa de la autonomía de las cosas temporales, a la vez “maternal” para con ellas, está claramente definido en la Epístola de San Pablo a Filemón. No exige el Apóstol a Filemón que dé libertad a su esclavo Onésimo, ni pretende romper el estatuto social del mundo antiguo, sino que acepta este estatuto tal como los hombres lo han establecido. Pero lo abre a la savia evangélica, que, trabajando e influyendo interiormente en el mundo profano, destruirá poco a poco los cuadros sociales de la esclavitud. Este Onésimo, esclavo de Filemón, es para Filemón “*mucho más que un esclavo*”, es “*un hermano bien amado*”; Pablo le llama “*su propio corazón*”. El esclavo, como el dueño, es “*heredero de Dios*” y “*coheredero de Cristo*” (Rom., VIII, 17).

San Pablo prescribe a los inferiores que obedezcan a sus superiores; es a sus ojos un deber de conciencia respetar el poder legítimo, porque toda autoridad legítima tiene su primer origen en Dios, autor de la naturaleza; y aun los antiguos cristianos, prefiriendo la corona *martyrum* a la corona *militum*, preferían exponerse a una muerte injusta antes que levantarse contra el poder tiránico de los emperadores que los perseguían. Y por otra parte, no obstante, las ideas y anhelos que la revelación cristiana despertó en el alma del hombre actúan constantemente en el corazón de las sociedades terrestres para transformarlas insensiblemente. En lo que se refiere a la Iglesia misma no es su finalidad descender hasta los asuntos directamente temporales, entre el flujo y reflujo de las actividades políticas. De otro orden son las energías puestas bajo su custodia, energías más ocultas, pero mucho más poderosas. Su deber es velar por la justicia y el amor, y sobre la revelación cristiana. Inyectadas en la entraña de la historia, estas energías operan constantemente, y con una medida de duración muy distinta de la del tiempo.

Estas observaciones dan a entender que a los ojos del católico las relaciones de la Iglesia con el mundo no son cosa sencilla, sino llenas de misterio. Perderíamos el tiempo si quisiéramos buscar en ellas un definido equilibrio estático, propio para satisfacer la imaginación geométrica o las apolíneas aspiraciones de los autores de *textbooks*. La relación de que tratamos es una relación dinámica, como entre fuerzas concertantes cuya penetración es antinómica e inestable la armonía, hasta la resolución final cuando termine el tiempo.

Ciertos anticlericales reprochan a la Iglesia que se inclina del lado de los ricos y los poderosos, así como del estancamiento social. Ciertos apologistas, para magnificar su obra de progreso social, insisten por el contrario sobre el “*fermento revolucionario*” que trae al mundo, y preséntanla como si no tuviera otra finalidad ni otra misión sino transformar las condiciones terrenas de la vida de los pueblos, y crear la prosperidad, la paz y la felicidad de aquí abajo. Según los católicos ambas opiniones son ilusorias, si bien ambas pueden presentar algunos hechos en favor de sus respectivas posiciones. La clave del enigma es más profunda de lo que parece.

Ha dicho Pascal que las señales y los milagros fueron dados para cegar a unos y dar vista a los otros, según la disposición de los corazones. En su novela ‘*Jeunesse sans Dieu*’, que es un terrible testimonio contra los regímenes totalitarios, un joven escritor húngaro, Odón de Horvath, muerto trágicamente en París en 1938, hacía observar que el Estado representa una necesidad natural y que, en este sentido, es querido por Dios, y que por consiguiente la Iglesia tiene el deber de colaborar con el Estado; pero ¿cuál es el Estado, añadía, que no está gobernado por los poderosos y los ricos? ¿Y cómo colaborar con el Estado sin verse obligado por lo mismo a colaborar con ellos? La Iglesia debe ante todo cumplir su misión propia, y durar. Le es indiferente aparentar contradecirse al aceptar al Estado tal cual es, con las injusticias e impurezas que lo manchan, y esforzándose sólo por hacerlo lo menos malo posible. La necesidad la obliga a ello: los inconvenientes que de ahí se le siguen sólo tienen atenuación cuando en tal caso se trata de un Estado débil, o de un Estado vitalmente, no decorativamente, cristiano. A estas consideraciones el católico añade que la especial asistencia que, según su fe, la Iglesia recibe de Dios, es evidentemente menos estricta cuando se trata de establecer un *modus vivendi* con un gobierno que al tratarse de definir un dogma; en ese caso puede la Iglesia limitarse, en medio de las dudas y aun de un posible mal paso, a salvaguardar lo que corresponde a la misión esencial de la Iglesia.

En fin, justamente en el dominio de las cosas del siglo es donde las humanas debilidades de los individuos aparecen más desatadas; muchas veces la tentación de unir la religión con la suerte de los ricos y de los poderosos, de un partido político o de un Estado, a fin de utilizar sus recursos o

acaso sus injusticias en favor de la gente de Iglesia o de las capas sociales que la favorecen, ha sido ocasión de más o menos graves abusos, y de un “clericalismo” totalmente contrario al espíritu de la Iglesia y sus verdaderos intereses. Por lo demás, el comportamiento temporal del mundo cristiano (que es totalmente distinto de la Iglesia) está a veces muy lejos de ser cristiano. Todo esto es suficiente para crear una falsa apariencia que a muchas gentes oculta la verdadera realidad.

La realidad, como una experiencia histórica más profunda nos lo demuestra, la realidad es que por su misma misión la Iglesia tiene siempre su corazón con los pobres, y en ellos encuentra siempre sus más profundos recursos morales y sus tesoros más preciosos. Según observa Henri Bergson, la historia demuestra que todo lo que desde hace dos mil años se ha hecho de bueno y duradero en las sociedades humanas, todo se ha hecho bajo la influencia del cristianismo. Le Play había llegado a la misma conclusión a propósito de las condiciones morales esenciales al progreso de la vida civilizada. Son el Evangelio y la Iglesia los que han enseñado a los hombres el respeto a la persona y a la vida humana, el respeto a la conciencia y a la pobreza, la dignidad de la mujer, la santidad del matrimonio, la nobleza del trabajo y el valor de la libertad, el infinito valor de cada alma, la esencial igualdad de los seres humanos de cualquier raza y condición delante de Dios.

Al enseñar que la vida política, económica, social e internacional se fundan en la ética lo mismo que la vida individual, y que no es posible la paz ni la prosperidad entre los hombres si falta la justicia y el respeto de los demás; al proclamar que el orden temporal mismo no puede sustraerse a la primacía de la caridad y del amor fraterno, pone la Iglesia los fundamentos de todo humano progreso. En nuestros días, a necesidades nuevas responde ella con nuevas iniciativas de gran envergadura. Como en tiempos pasados contribuyó según el estilo medieval a la formación política de Europa, parece tener hoy conciencia de deber contribuir según el estilo de la edad moderna, y gracias a la autoridad moral que en todas partes se le reconoce, a la salvación de la civilización amenazada, a la formación social del mundo y a la aparición de un nuevo orden.

Que el lector me dispense la extensión de estas explicaciones preliminares. Al indicar en sus líneas generales cómo se presentan las cosas en la perspectiva

católica, ellas nos van a permitir abordar más fácilmente las cuestiones más particulares referentes al cristianismo y al progreso social.

III

El cristianismo actúa en la vida social de los pueblos según dos maneras de acción muy diversas, a las que, para abreviar, llamaré movimiento que parte de abajo y movimiento que parte de arriba.

Lo que llamo movimiento que parte de abajo son las germinaciones naturalmente producidas en el interior de la conciencia profana y temporal gracias a la activación del fermento cristiano. La filosofía de la historia comprueba que este fermento se desarrolló en el mundo bajo formas y condiciones muy diversas; el creyente que pertenece a una Iglesia celosa de la ortodoxia –el católico sobre todo–, piensa que sólo en esta Iglesia se ha conservado sin alteración el fermento evangélico. Mas bajo formas puras o impuras, ortodoxas o heréticas, él es el que de hecho (en el bien como en el mal) ha puesto en conmoción a la historia del mundo profano; si es verdad que Jean-Jacques Rousseau es el “*padre de los tiempos modernos*”, y que él los ha lanzado por el mal camino, en busca de cosas buenas que los errores desfiguraban, es igualmente cierto que esta naturalización o laicización del Evangelio y el mesianismo revolucionario son inconcebibles sin el elemento cristiano del cual arranca la civilización occidental.

Respecto a los conflictos espirituales y sociales de nuestra era, la tragedia del mundo moderno consiste, creo yo, en fin de cuentas, en que en el siglo XIX en particular, mientras que muchos cristianos hacíanse prácticamente cómplices de la injusticia social, y tomaban partido contra el movimiento normal de la historia, otros muchos enemigos del cristianismo se entregaron al progreso de la justicia social alterando con errores de un desastroso materialismo la idea de ésta, y dejándose desviar por el mito de la revolución, sin comprender que todo lo que había de justo y fecundo en sus actividades derivaba únicamente de verdades cristianas y cristianos sentimientos medio olvidados. Así se produjo lo que Pío XI ha llamado el escándalo del siglo XIX: el hecho de que la clase obrera se haya separado del cristianismo y de la Iglesia, y haya creído que para esperar

una vida mejor sobre la tierra debía comenzar por alejarse de Cristo. La inmensa tarea que en nuestros días espera al pensamiento y a la actividad cristianas es salvar, purificándolos de los errores que ahora les hacen peligrar, los esfuerzos del siglo precedente hacia el progreso social.

En cuanto a los católicos, saben éstos muy bien que la religión cristiana no está infeudada con ningún régimen temporal, y es compatible con todas las formas de legítimo gobierno; por ninguno tiene preferencia. Tampoco impone (mientras se guarden ciertos principios superiores) una filosofía política determinada. Mas si la Iglesia no debe comprometerse con ningún ideal temporal, los creyentes en cambio, no en cuanto creyentes y en nombre de la Iglesia, sino como miembros de la ciudad terrestre, como ciudadanos, deben luchar por un ideal temporal, deben comprometerse, a su cuenta y riesgo, en los combates por la justicia social y el progreso de la civilización. Las masas católicas comprenden hoy, y cada día mejor, esa necesidad, y están dispuestas a no incurrir en los errores del siglo XIX.

En cuanto se trata del movimiento de abajo a arriba de que estamos tratando ahora, y que se origina en las iniciativas cristianas en el seno de la conciencia profana, es claro que no compromete a la Iglesia como tal; en consecuencia ese movimiento da normalmente lugar a quienes participan en él —aunque se trate de creyentes igualmente ortodoxos—, a actitudes muy dispares, según los lazos sociales y maneras de pensar de cada cual (sin hablar de los obstáculos más o menos importantes que la inspiración evangélica puede encontrar en muchas partes). Lo que acaso importa más hacer resaltar es que el progreso social que así se realiza supone a la vez ciertas posibilidades técnicas y una más o menos larga maduración moral. Así aconteció con la abolición de la esclavitud en la antigüedad. Tal abolición estaba condicionada de un lado por ciertos progresos técnicos; hase demostrado, por ejemplo, que los descubrimientos que han permitido sustituir con la fuerza motriz animal la fuerza motriz humana, especialmente en el acarreo de bultos, han tenido aquí papel importantísimo (en el mundo moderno la máquina está llamada a jugar análogo papel liberador). Por otra parte, el cristianismo alejó de la conciencia moral la persuasión de la necesidad de la esclavitud, acabando al fin con ella, no mediante una ley que la Iglesia hubiera promulgado en materia social-temporal, sino en virtud de un largo desenvolvimiento vital.

Colocándose en idénticas perspectivas, la filosofía de la historia puede comprobar con Bergson –sin atar por eso a la Iglesia con una filosofía democrática cualquiera–, que de hecho el fermento evangélico orienta a la historia humana hacia el ideal de respeto del derecho de la persona y de fraternal amistad que es la base de “el estado de espíritu democrático” cuando no está viciado por metafísicas erróneas; y que ese fermento seguirá actuando hasta el fin de los tiempos en la historia humana para eliminar de ella, a medida que los progresos técnicos lo hagan posible, toda forma de servidumbre.

En cuanto al movimiento de arriba a abajo, que hace un momento mencionaba, encuentra su fundamento en la doctrina oficial de la Iglesia, particularmente en las directivas prácticas contenidas en las encíclicas pontificias, que estimulan, orientan y controlan a la vez el *“movimiento de abajo a arriba”*.

Desde hace medio siglo sobre todo, la Iglesia católica ha ido acumulando un riquísimo tesoro doctrinal en el que están reunidos los principios que dirigen los problemas concernientes a la vida temporal de los hombres. Como lo he dejado explicado al principio, no pretende ella con eso descender hasta la administración de los negocios temporales. Mas sabe que debe intervenir en lo que afecta a la ley moral. Y cumple con ello un deber de sabiduría teórica y práctica.

Largo sería el trabajo que pretendiera resumir estas enseñanzas, cosa que yo no me propongo en este momento. Nadie ignora el inmenso esfuerzo llevado a término por León XIII; recordemos los títulos de algunas de sus Encíclicas: *Inscrutabili* (1878) sobre los males de la sociedad; *Arcanum divinae Sapientiae* (1880) sobre el matrimonio; *Diuturnum illud* (1881) sobre el origen del poder civil; *Immortale Dei* (1885) sobre la constitución cristiana de los Estados; *Libertas praestantissimum* (1888) sobre la libertad humana; *Sapientiae Christianae* (1890) sobre los principales deberes cívicos de los cristianos; *Rerum Novarum* (16 de mayo de 1891) sobre las condiciones de los obreros. Esta última Encíclica tuvo extraordinaria importancia. En la época de su publicación, muchos se escandalizaron creyendo que el Papa se hacía socialista. El Papa no se hacía socialista, sino que recordaba a un mundo podrido de egoísmo las leyes de la ética cristiana en materia social; si

todos los cristianos le hubieran escuchado, muchos y espantosos males nos hubiéramos evitado.

“No son las Encíclicas lo que os reprochamos – decía hace unos diez años el comunista Rappoport a un orador católico –, sino el menosprecio en que tenéis a las Encíclicas.” Por su parte, Pío XI escribía en una de las suyas: *“No existirían el socialismo ni el comunismo si los jefes de los pueblos no hubieran desdeñado las enseñanzas de la Iglesia y sus maternales advertencias”* (Divini Redemptoris).

En múltiples documentos, Pío X y Benedicto XV han tratado igualmente de los problemas sociales y políticos, y completado las enseñanzas de León XIII. Pero es Pío XI quien con poderosa reciedumbre doctrinal ha elevado la síntesis católica en materia social al grado de precisión necesario en nuestros días, y quien ha denunciado con mayor energía los principales errores que amenazan hoy a la civilización.

El documento capital de este Papa es la Encíclica ‘*Quadragesimo anno*’ (15 de mayo de 1931) sobre la restauración del orden social, en la que hace resaltar los fundamentos morales y sociales de los actuales males; y después de haber criticado el individualismo, el liberalismo manchesteriano, el socialismo y el comunismo, traza en sus líneas principales el programa de una renovación social que exige que termine el sistema de aprovechamiento capitalista y que estaría fundada sobre la organización de corporaciones profesionales y la elevación del proletariado mediante la accesión a la propiedad; no es difícil comprender que los “órdenes” o “cuerpos profesionales” de que trata la Encíclica son cosa muy distinta de las “corporaciones” de los Estados totalitarios. Son éstas órganos del Estado, y así el Estado se dice asimismo corporativo; en cambio, lo que la Encíclica pide es sólo una economía corporativa; y la corporación, lo mismo que el sindicato, están en ella concebidos como fundados esencialmente en la libertad de asociación y dotados de toda la autonomía compatible con las exigencias del bien común. Más tarde vinieron la Encíclica ‘*Nos abbiamo bisogno*’ (29 de mayo de 1931) en la que se condena la estatolatría totalitaria de la ideología fascista; la Encíclica ‘*Mit brennender Sorge*’ (14 de mayo de 1937) sobre el nacionalsocialismo alemán; la ‘*Divini Redemptoris*’ (19 de marzo de 1937) sobre el comunismo ateo.

(Después de escrito este artículo, la obra de Pío XI ha sido confirmada y ampliada por la de Pío XII que, en fundamentales documentos, ha ensanchado todavía el horizonte de las enseñanzas de la Iglesia en materia social y política, haciendo ver muy claramente las implicaciones y deduciendo los principios de una teología de la ciudad y de la civilización centrada en la dignidad de la persona humana y justificando los temas esenciales de una democracia de inspiración cristiana. Cf, las Encíclicas ‘Summi Pontificatus’ (1939) y ‘Mystici Corporis Christi’ (1943), los mensajes radiales del 24 de agosto de 1939, de 1941 en el cincuentenario de Rerum Novarum, de Pentecostés de 1941, de Navidad de 1941, 1942 Y 1944, la alocución del 2 de octubre de 1945 al Tribunal de la Rota, la alocución consistorial del 20 de febrero de 1946).

La Iglesia católica no quiere dar enseñanzas simplemente teóricas, sino que se esfuerza por llegar prácticamente a los actos de la vida cotidiana. ¿Qué ha sido, desde ese punto de vista, de las enseñanzas de las Encíclicas en materia social? A pesar de la resistencia y negligencias de que hemos hablado, y de las que los mismos Papas se han quejado más de una vez, puédesse decir que la eficacia práctica de esas enseñanzas es la más profunda que pueda ser en el mundo la de una enseñanza desarmada – desarmada, y por eso rodeada de mucho mayor prestigio –. Para responder, no obstante, con mayor precisión a la cuestión planteada, debe el historiador distinguir lo que podríamos llamar diversas zonas de realización.

A la primera zona pertenecen las tentativas puestas en práctica por ciertos jefes de Estado católicos con miras a formar con las máximas de las Encíclicas el programa inmediato de una reconstrucción política o nacional que quisieron imponer autoritariamente. Por aparente paradoja, esta primera zona de realización, que es la más visible (porque en tales casos las Encíclicas pontificias son con frecuencia invocadas como estandarte político) es la que mayor probabilidad encierra de decepción. En efecto, tales aplicaciones, al no apoyarse en una lenta maduración de las fuerzas históricas, revisten con frecuencia forma dictatorial y participan en consecuencia de la fragilidad de tales sistemas; además, las tan universales y elevadas máximas de la doctrina de la Iglesia son en tales casos aplicadas a las contingencias de la materia social sin la preparatoria elaboración de una filosofía política más particularizada y

próxima a lo concreto; y corren el riesgo de parecer cuadros abstractos sin poder existencial, o también a veces como apariencias decorativas encubridoras de realidades prácticamente muy poco cristianas. Digamos además que el peligro de realizar una obra artificial será tanto mayor cuanto más se haya, contra la naturaleza de las cosas, usado el catolicismo como reemplazante de un ideal político temporal y de un principio de coalición y unidad propiamente temporal que luego fallan por razón de las circunstancias.

Una segunda zona de realización, y yo creo que mucho más importante, es la de la influencia ejercida sobre la legislación de diversos Estados, ya por hombres que directamente se inspiran en las Encíclicas, ya por un indirecto efecto de las mismas. En no pocos países se ha ido formando una escuela social católica, de la que han partido movimientos y formas de actividad muy diversos, sobre todo las Semanas Sociales y el movimiento del sindicalismo cristiano. Nadie ignora la existencia de la Confederación Internacional de Sindicatos Cristianos con sede en La Haya. En Francia, los sindicatos cristianos representan una fuerza obrera muy de tener en cuenta. Desde los días de León XIII, los católicos de la escuela de La Tour du Pin y de Alberto de Mun fueron en el parlamento los promotores de leyes sociales que, si hubieran sido votadas, hubieran ahorrado muchos males. En 1936, cuando el gobierno de León Blum procedió a ciertas reformas sociales que se imponían con urgencia, se pudo echar de ver que esa legislación del trabajo (despidos pagados, convenciones colectivas, conciliación y arbitraje, reajuste de salarios, limitación del tiempo de trabajo y vacaciones) no hacía sino resucitar los proyectos de ley depositados hacía varios años por los diputados católicos, o aceptar ciertas medidas que los católicos habían recomendado en el terreno internacional, como si fueran iniciativas del Burean Internacional del Trabajo.

En otros países, hace tiempo que está en vigor una legislación obrera más completa en lo que se refiere a los tres primeros puntos. Y si la tenaz acción de las masas obreras y los duros combates que sostuvieron en nombre del socialismo influyeron mucho en su consecución, también la influencia y repercusión de las enseñanzas pontificias sobre los espíritus, aun los no católicos, ejercieron una acción indirecta considerable. De tal modo que Pío XI pudo decir que *“los principios del catolicismo en materia social han llegado*

a ser poco a poco patrimonio común de la humanidad”. “De este perseverante esfuerzo –añade– ha nacido un nuevo derecho totalmente ignorado por el siglo anterior; derecho que asegura a los obreros el respeto de los sagrados derechos que poseen por su dignidad de hombres y de cristianos. Los trabajadores, su salud, sus fuerzas, sus familias, su casa, el taller, los salarios, los seguros contra los riesgos en el trabajo, en una palabra, todo lo que atañe a la condición de los obreros, especialmente de las mujeres y de los niños, tal ha sido el objeto de esas leyes protectoras” (Quadragesimo Anno).

En fin, una tercera zona de realización, que por insensibles grados va unida con la precedente, puede ser distinguida aún; y concierne a la acción que las enseñanzas y las directivas de la Iglesia ejercen sobre la masa de los católicos del mundo entero –e indirectamente sobre los no católicos ni cristianos– para suscitar en ellos y para iluminar doctrinalmente “*el movimiento de abajo a arriba*” de que hablábamos hace poco. Esta zona de realización es la más vasta y más indeterminada. Las realizaciones de la acción de la Iglesia son en ella más lentas y comprometidas más a fondo por toda la extensión del mundo. Respecto del futuro histórico y de la evolución propia de las realidades sociales en el tiempo, puede pensarse que la zona más fecunda en realizaciones es aquella en que la labor más profunda y oculta se realiza en el orden profano.

El movimiento de abajo a arriba es en efecto aquel por el que la conciencia profana misma, trabajada por el fermento evangélico, progresa en el sufrimiento y las contradicciones, iluminada a veces por la sana doctrina y a veces a ciegas, hacia un estado de civilización más elevado. Si es cierto que no sólo entre los mismos cristianos – por ejemplo, en el siglo XIX, y por no hablar sino de Francia, entre los católicos ortodoxos como un Ozanam o un Lacordaire, o aun en un católico separado de la ortodoxia como Lamennais –, sino también entre los “infieles” y en las múltiples corrientes históricas más o menos desviadas, si es cierto que en todos éstos han actuado y actúan energías cristianas, puras o más o menos corrompidas, compréndese que para tener una idea completa del papel del cristianismo en el progreso social y el movimiento de la historia, es imprescindible considerar a la vez la acción ejercida por él a partir de arriba (a partir de las iniciativas de la Iglesia docente) y la que va realizando a partir de abajo (de las iniciativas de la conciencia profana).

Idealmente, si el cristianismo reinase en todos los corazones, y si en los órganos humanos de la Iglesia no tuvieran parte las humanas debilidades, en una palabra si todo fuera en el mundo como Dios manda, estas dos acciones deberían ir de la mano y obrar siempre de acuerdo. De hecho, con frecuencia existe entre ellas distancia y discronía y hasta oposición. (Porque por un lado acontece a veces que la conciencia profana encarrílese por algún mal sendero, y por otra parte sucede que el movimiento de abajo se adelanta al otro movimiento.) Cosa inevitable en un mundo que encierra entre sus diversas leyes la tensión y el conflicto, y en el que reina la división religiosa y el mal ocupa no pequeño lugar. Por regla general, la fidelidad absoluta a la pura verdad y la pasionada eficiencia en los combates del mundo y las grandes conquistas temporales hállanse muy rara vez en los mismos hombres y en las mismas regiones del humano esfuerzo.

IV

La crisis general que reina desde hace algunos años en el mundo y que, en sus causas próximas es producto del desencadenamiento de dos grupos de fenómenos revolucionarios totalitarios opuestos –procedente el uno de un socialismo de clase (comunismo) que aspira a establecer la dictadura mundial del proletariado; y el otro de un socialismo de comunidad racial o de Estado político (fascismo y nacionalsocialismo) que quiere establecer el imperio mundial de las “naciones proletarias”–; esta crisis es tan grave que se puede uno preguntar si no anunciará acaso el crepúsculo de la civilización occidental. Tal crisis es, creo yo, la confluencia de muchos siglos de errores. Según la filosofía de la historia que yo creo verdadera, puédesse pensar que en el orden social-temporal la única manera de librarse de ella, ahora o más tarde, está en la instauración de una nueva filosofía política y de una democracia fundamentalmente renovada.

La Iglesia, como tal, no es ni democrática ni antidemocrática, según he tratado de demostrarlo en este estudio; por su vocación esencial hállase por encima de estas calificaciones temporales.

Mas en las circunstancias históricas en que nos encontramos, nadie ignora que la Iglesia juzga que el absolutismo totalitario, bajo cualquier forma o color

que se presente, hace pesar las más graves amenazas sobre el ejercicio de su misión espiritual y el depósito de verdades que tiene el deber de enseñar. Están en juego la libertad misma de la palabra de Dios y la de la persona humana.

Si las democracias, terriblemente trabajadas por los viejos errores materialistas y por los desórdenes que radican en la primacía del dinero, tienen el valor y tiempo para purificarse y renovarse –como la Iglesia les invita a hacerlo y como sus jefes comprenden la necesidad–, el peligro de una catástrofe de la civilización puede ser todavía contenido. En caso contrario, la única esperanza que resta es que de entre las ruinas aun podrá salir un mundo nuevo.

He dicho más arriba que la Iglesia católica, que tiene el tiempo en su favor, y que está hecha a las peripecias, o mejor a las catástrofes de la historia, parece trabajar en nuestros días por volver a emprender, bajo modalidades bien diferentes de las de la Europa medieval, su tarea de dirección moral y de inspiración espiritual para con la civilización. El medio de acción con que para tal cometido parece contar; es lo que Pío XI ha instituido con el nombre de Acción Católica. La Acción Católica no está en un plano político ni hace política; está en el plano apostólico; mas al trabajar por infundir la savia cristiana en la existencia de los individuos y de las comunidades, está preparando para el interior –para el alma– las condiciones fundamentales de una vida social y política renovada. El ejemplo más característico de los movimientos de Acción Católica es el de la Juventud Obrera Cristiana, que agrupa, en Bélgica y en Francia, millares de jóvenes obreros, y que se propone restaurar en Cristo y en el espíritu del Evangelio a la clase obrera. Tales movimientos están orientados hacia muy atrevidas formas de progreso social y hacia la creación de un nuevo orden.

Antes de terminar este estudio, quisiera hacer dos observaciones. En primer lugar, si es cierto que en la vida política y en el justo discernimiento político lo que más importa es la rectitud de los instintos y de las inclinaciones, compréndese que la cosa más necesaria a una democracia es el desarrollo, entre los ciudadanos, de los instintos cristianos de la inteligencia y el corazón para con la vida temporal, social y política. El papel histórico a que la acción católica está destinada compréndese que desde este punto de vista es bien notable.

En segundo lugar, si es cierto que la política es por esencia una rama especial de la ética, como en su natural sabiduría la vieja civilización china lo ha reconocido hace muchos siglos, fácil es comprender que el problema fundamental al que debe responder una civilización cristiana (y esto sería para el mundo moderno una muy profunda revolución, después de cuatro siglos de maquiavelismo), es el problema de la instauración de una política real y vitalmente cristiana, no decorativamente cristiana. En lo que respecta a la doctrina de la Iglesia católica, quiero citar sobre este asunto dos frases que tienen amplísimo alcance. Una es del Papa Pío XI:

“No habrá paz verdadera hasta el día en que los Estados y los pueblos se hagan un deber sagrado de seguir la doctrina de Cristo en su vida política interna y externa” (Ubi Arcano [1922]). La otra pertenece a Benedicto XV: *“La ley evangélica de la caridad es la misma para los Estados y los pueblos que para los individuos”* (Pacem Dei [1920]).

